

“Cheíta” Quintana... algo diferente

Aquiles Machado
Ópera de A Coruña
Asociación Más Que Ópera de Madrid
España
machado074@yahoo.es

Recibido: 10 de marzo de 2023 / Aceptado: 12 de abril de 2023

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.8197749>

Aquiles Machado es músico y cantante venezolano. Director Artístico de la Ópera de A Coruña, Galicia, y Director Artístico de la Asociación Más Que Ópera de Madrid. Es una de las voces más destacadas de la ópera en los últimos años y ha sido galardonado con diversos premios y reconocimientos en las salas más importantes del mundo. Profesor invitado de los cursos de formación musical de la Universidad de Alcalá de Henares. Profesor de la Cátedra de Canto del Conservatorio Itinerante Simón Bolívar. Director de Orquesta. Director de Escena.



“Cheíta Quintana”... Algo Diferente

Resumen

Cheíta Quintana fue - y seguirá siendo - una de las voces líricas más reconocidas y emblemáticas de la escena musical venezolana. Si bien su ámbito fue nacional, hizo suyo, con interés denodado, su terruño, el estado Lara, Venezuela, dedicando a él la totalidad de su vida, convirtiéndose en la voz femenina identificativa. No sólo el canto como desempeño, sino además la educación, fueron los ejes de su desarrollo profesional, dejando una profunda huella en la región.

Palabras claves: Cheíta Quintana, estado Lara, Barquisimeto, canto, Divina Pastora, Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, Orquesta Mavare.

Cheíta Quintana... Something different

Abstract

Cheíta Quintana was - and will continue to be - one of the most recognised and emblematic lyrical voices on the Venezuelan musical scene. Although her sphere of influence was national, she made her homeland her own, Lara state, Venezuela, to which she dedicated her whole life, becoming the identifying female voice. Not only singing, but also education, were the axes of her professional development, leaving a deep mark in the region.

Keywords: Cheíta Quintana, Lara state, Barquisimeto, singing, Divina Pastora, Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, Orquesta Mavare.

*La juventud es feliz porque tiene la capacidad de ver la belleza.
Cualquiera que conserve la capacidad de ver la belleza jamás envejece.*

Franz Kafka

Los talentos -o al menos aquellas personas que sienten el hambre que produce ese talento- muchas veces se ven obligados a emprender largos peregrinajes en busca de educación, trabajo, oportunidades, éxito... Todas cosas que en principio procuran paz a sus aspiraciones vitales y que en teoría deberían hacerlos felices por el hecho de permitirles realizar un sueño. La eterna búsqueda de respuestas que empuja a las mentes inquietas, especie de inspiración y maldición a un tiempo, musa que se vuelve caníbal cuando se trata de la familia, los amigos o el terruño.

Son incontables las historias de aquellos que partieron en busca de una vida mejor en la que desarrollarse sin limitaciones, muchos los que se hicieron con ella en lejanas tierras y que terminaron sus días en ese nuevo universo que habían encontrado con las cosas que llenaban sus aspiraciones, prestas para nutrirlos y convertirlos en lo que anhelaron siempre, disponibles para que finalmente ese talento floreciera y diera frutos.



“Cheíta” Quintana. Archivo familiar.
Usada con permiso.

Sé que no todas son historias de ensueño, y no puedo dejar de pensar que – probablemente- en lugar de la metáfora de la cenicienta nos encontraremos en más de una ocasión con el viejo Doctor Fausto, quien al final de su vida, cansado de buscar en vano, se encuentra ante el mismísimo Diabolo que queriendo comprar su alma le susurra al oído la venenosa pregunta:

-¿Dime lo que más deseas Doctor? ¿Oro, gloria, poder?... ¿Fama tal vez?

A lo que el viejo doctor, aún incrédulo de la sobrenatural visita, con aire casi de infantil tristeza le responde:

-Yo solo quiero un tesoro, el que los contiene a todos: "La Jeunesse".

Cuando yo era muchachito, y algunas de las calles de Barquisimeto aún eran de tierra, la vida era bastante simple. Había la sensación de que todo el mundo se conocía en la ciudad, y si te esforzabas un poco -grado más, grado menos- al final del día incluso terminabas por encontrar nuevos parientes como parte de la rutina cotidiana.

Hablo de aquel tiempo en el que se comían churros en los carritos del aeropuerto, para luego quedarse a ver los aviones aterrizar y despegar de la pista, con la bolsa manchada de aceite en las manos y los cachetes llenos de azúcar pegados a la maya de alambre tejido que nos separaba de aquellos enormes aparatos. Era la época en que la máxima atracción tecnológica que había en la ciudad eran las recién inauguradas escaleras mecánicas de BECO, de cuando subirse en ellas significaba todo un acontecimiento para los niños enchanclados de mi tiempo. Si además tenías la suerte de encontrar el aire acondicionado del local encendido a buena potencia y te compraban unas rosquillas de anís, aquello se convertía en una auténtica aventura.

Digo esto, porque quizá muchos no recuerden la sencillez que desprendía nuestra ciudad en un pasado no tan distante, una urbe que a pesar de sus progresos no perdía la esencia generosa y humilde de su gente, en donde todos de alguna manera estábamos conectados con el vecino, con la tierra, con el paisaje... y en donde la capacidad de apreciar y disfrutar de las pequeñas cosas era infinita.

De allí que la memoria de nuestro pueblo se filtre indispensablemente a través de la esencia de su gente, en los gestos cotidianos que marcan nuestras vidas, creando un hermoso tapiz que nos acompaña a cada lugar y en cada paso que damos, recordándonos que sorprenderse es un privilegio, agradecer una suerte y disfrutar una necesidad, ya que las cosas sencillas de la vida son la herencia más preciada que te han dejado en suerte.

Barquisimeto siempre tuvo sus personajes míticos, desde los famosos "Pastelito" o "Guante Mágico" que formaban parte del embrujo del estadio de baseball, hasta algunos más elaborados como el poeta Álvaro Montero quien era sinónimo de literatura en la ciudad, o nuestro grandísimo Rafael Cadenas. En la plástica el maestro Armando Villalón, o Macario Colombo quien desde el voluntario encierro construyó mundos enteros de cromatismos imposibles.

La música también mostraba un fenómeno similar, la ciudad nos regalaba la suerte de convivir con personajes insignes, artistas que podrían haber vivido en cualquier parte del mundo, pero que por sus razones particulares decidieron escoger Barquisimeto como ese lugar en el que querían pasar sus días creando e intentando convertir el propio entorno en ese "mundo feliz" que empapara a todos de belleza, que terminara por transformarnos en una contemporánea "Ítaca". Nombres como Antonio Bujanda o Rodrigo Riera vivieron en nuestra ciudad,

dejando entrever con su gesto y sus enseñanzas, que hay algo más allá de los crepúsculos en esta tierra maravillosa. Uno de esos nombres insignes fue sin duda Petra Mercedes Quintana Spini, o como todos la conocían: la maestra “Cheíta Quintana”.

“Cheíta” fue por muchos años la voz de las serenatas a nuestra Divina Pastora, difícilmente se puede pensar en alguna expresión artística que la uniera más a su pueblo, razón más que suficiente para que su partida haya conmovido a tantas y tan diversas personas. Ella se había ganado un merecido lugar en el corazón de los larenses al mostrar su cariño y devoción hacia nuestra tan amada patrona, y hacia todo su pueblo. Cantante delicada y sensible, “Cheíta” poseía una voz cristalina, límpida, de un timbre casi juvenil pero que mostraba al mismo tiempo un gran saber hacer en el aspecto técnico.

Su capacidad de comunicación y su forma de interpretar eran únicas, aquellos que tuvimos la suerte de escucharla recordaremos siempre esa energía que desprendía, enmarcada por una hermosa sonrisa, llena de bondad y generosidad. Ver cantar a “Cheíta” no era precisamente asistir a un carrusel de emociones desbordadas, era más bien una íntima invitación a un plácido y reflexivo paseo por la belleza de la música y la intimidad de la poesía.

Nacida en Sanare el 4 de diciembre de 1937, empezó sus estudios musicales a la edad de seis años, primero teoría y solfeo con su tío, monseñor Félix Quintana, luego piano en lo que se conocía como la “Academia Santa Cecilia” de la mano de la maestra Doralisa de Medina, escuela que posteriormente pasaría a tener el nombre de esta histórica maestra de música con la que se formarían una larga lista de grandes maestros venezolanos - José Antonio Abreu, solo por nombrar uno -. Más tarde el canto en la “Academia de Música del Estado Lara”, hoy “Conservatorio Vicente Emilio Sojo”, bajo la guía del profesor Ennio Goldstaub, quien fuera durante muchos años el maestro de técnica vocal de los más destacados cantantes de la región. Pronto tuvo que emigrar para seguir su formación. Estudió en la Vocational School de Madison, U.S.A., en el Conservatorio de Oslo, Noruega, en la Accademia Chigiana de Siena, Italia, además de un considerable número de maestros nacionales e internacionales con los que se formó dentro y fuera del país.

Fueron muchas las actuaciones que por su relevancia y su éxito pudieron significar para “Cheíta” un destino permanente lejos de nuestras fronteras, una de ellas -por lo menos una de las más famosas- fue su interpretación de la joven japonesa Cio-Cio San de la Madama Butterfly Pucciniana, junto a nuestro internacionalmente aclamado Alfredo Sadel, que tuvo réplicas en varias ciudades del país poniendo el nombre de “Cheíta” en la palestra nacional con gran fuerza.

Era el momento en el que cualquier otro artista habría sacrificado y puesto todo de lado con tal de satisfacer su ambición, la puerta que muchos esperan para escapar definitivamente de la realidad que los retiene... pero para “Cheíta” esto no era así, ella no estaba atrapada en ninguna parte. Al contrario, creaba con la libertad de los jilgueros, era una gran Dama, culta, con una formación sólida, consciente de sus cualidades y su talento. Enamorada de la música y del canto, no añoraba los azares tantas veces ingratos que conllevan a la vanidad de una carrera llena de prisas. Ella estaba creciendo a su ritmo, desde su centro y junto a los seres que más amaba. Apostó -no solo- por cultivarse exhaustivamente, sino también por transformar el Barquisimeto que tanto amaba en un lugar a la

medida de sus sueños.

El canto de "Cheita" estaba siempre presente al hablar de la vida cultural larense, innumerables recitales de distintos géneros llenaron de música las salas de nuestras ciudades y también de muchos lugares dentro y fuera del país. Colaboró con infinidad de artistas como Carlos Mendoza, Omar Vásquez, Valmore Nieves, Gerald Schwartz o Pedro José Chacón, entre otros. Fueron muchos los recitales con agrupaciones de cámara y orquesta, especialmente junto a agrupaciones larenses como la Orquesta Típica Municipal dirigida por el maestro Rafael Miguel López, la Orquesta de Cámara de la UCLA, la Orquesta Sinfónica de Lara o su tan querida Orquesta Mavare.

Recuerdo con gran cariño un recital de canciones en el auditorio "Ambrosio Oropeza" acompañada al piano por el profesor Omar Vásquez, allí la maestra nos regaló muchas de las melodías más hermosas de nuestra música, pero para mí hubo dos momentos particularmente especiales en ese concierto. El primero al oírla cantar boleros, su manera de interpretar el género me conmovió enormemente: aunque se trata de una regla no escrita, hasta entonces para mí el bolero implicaba en su recitación -de manera tácita- la presencia o al menos la escucha, del objeto del deseo.

Es decir, si en el bolero la persona que canta sufre, aquel que lo hace sufrir -aunque sea imaginariamente- debía estar allí para ver su desgracia, de esta manera la pieza podría cumplir con su deliberada venganza y cerrar así el proceso de catarsis que es uno de los fines principales del género. "Cheita" rompía esta regla deliberadamente. Cantaba los boleros como quien se encuentra sufriendo totalmente abandonado en una habitación solitaria, cosa que produjo un efecto totalmente nuevo para mí. Aquella avasalladora tristeza, sumada a la terrible condena de nunca sanar las heridas, hacía que piezas como "Desesperanza" de María Luisa Escobar, se convirtieran en verdaderos monumentos a la desolación y al dolor humano. Creo que, para mí, el género nunca volvió a ser igual luego de aquel día.

El otro momento que guardo con gran admiración fue al escucharla cantar Guitarra Larense de Gilberto Mejías Palazzi. Este valse larense tiene como gran dificultad - precisamente- su enorme popularidad. Aunque suene paradójico, el gran problema de cantarlo es que está muy presente en los oídos del público, pieza prácticamente obligada en todos los festivales de la canción local y que sufre el mal de parecer banal si no se hace con convicción y verdadera entrega. La maestra Quintana lo hacía de maravilla, se podía ver el brillo de sus ojos cuando la interpretaba, en ella estaba viva la devoción al terruño, las ganas infinitas de conocer cada rincón de la propia tierra y abrazarla eternamente. El amor de "Cheita" por todas las cosas hermosas que ella percibía en nuestros lares, resonaba en cada nota de su "guitarra larense". Se iluminaba su rostro de manera sincera, contagiando al público con su sentimiento y por un momento los que la escuchábamos volvíamos a ver la belleza del valle del Turbio, como si fuera la primera vez.

En el año 1977, Cheita Quintana graba un *long play* titulado *Algo diferente* Producción discográfica que nace con la ayuda de Dulce María Lozada de Colmenares y su familia, en la que aborda temas del compositor "Totón" Sánchez Azopardo. Este trabajo musical es bastante desconocido para las generaciones más jóvenes - incluso en el gremio - pero vale la pena intentar rescatarlo para la

escucha del público en general y para el especializado en particular. Temas como: *El venao*, *Papelón*, *Cristo de Pampatar*, *Pomaga*, *Barquisimeto en navidad*, *Viejo Puerto La Cruz*, o *Dejémoslo así*, componen este original trabajo discográfico. Llama la atención la influencia de la Onda Nueva de Aldemaro Romero en el estilo de este disco, saliendo del carácter tradicional que había acompañado a “Cheíta” en sus numerosas actuaciones junto a la “Orquesta Típica”, demostrando con ello la flexibilidad de la intérprete y su capacidad de adaptarse a nuevas sonoridades con gran talento.



Portada del LP *Algo Diferente*. 1977

Muchas de la música y los arreglos de este disco son - para mí - una anticipación de lo que ocurrirá con la música tradicional venezolana en las décadas posteriores, hasta llegar a nuestros días. Es admirable ver como la cantante entendió perfectamente que se trataba de algo completamente nuevo y distinto en relación a lo que venía haciendo, integrándose con naturalidad y desparpajo a lo que seguramente para algunos, podría ser un cambio de tercio demasiado arriesgado para una intérprete que hasta entonces no había navegado en esas aguas. Pero fue un éxito, el público lo recibió con gran entusiasmo y sus temas se escucharon en las radios nacionales junto a los grandes nombres de la época.

Ella misma incluiría en sus recitales futuros piezas de Onda Nueva junto a otros ritmos y estilos más contemporáneos, especialmente obras de Aldemaro Romero que venían a confirmar su conciencia sobre el cambio que le esperaba a nuestra música. El tiempo y las nuevas generaciones fueron dejando este trabajo lentamente en los estantes, llegaban influencias de otras latitudes y la radio finalmente disponía de grandes cantidades de material internacional para sus transmisiones, pero estoy convencido que en la realidad musical venezolana de nuestros días lo encontraríamos inmensamente contemporáneo, y nos haría entender de manera más clara las inquietudes musicales de una artista como ella.

Como nota anecdótica, en la contraportada de la carátula del disco, doña Dulce María Lozada dedica unas pequeñas frases a modo de presentación de los intérpretes, y la descripción que hace de nuestra soprano es realmente hermosa:

“Cheíta Quintana, nace de entre la sierra sanareña del estado Lara, abre los ojos ante la magia de la montaña y en vez de incorporarse al mundo con su llanto, alza su voz en melodías para alegrar los bosques de su tierra robando a los jilgueros su trinar”.

“Cheíta” desarrolló paralelamente una intensa labor educativa en la ciudad: trabajó en la Coordinación de Cultura de la UCLA desde 1970 hasta 1993, dictó clases de canto adscritas a la sección de actividades musicales de ese departamento para los integrantes del “Orfeón Universitario” y otros estudiantes de la comunidad universitaria pertenecientes a las “Cátedras de Desarrollo Humano”, además de un nutrido grupo de alumnos privados a los que daba técnica vocal e interpretación; hoy, muchos de ellos intérpretes destacados del panorama musical. Su labor estuvo siempre orientada a los jóvenes y al enriquecimiento del tejido cultural de la región, a la búsqueda de ese Barquisimeto posible que nos llenara de música y belleza.

En la memoria de la ciudad, su nombre quedará inscrito como una trabajadora incansable que constantemente luchó por una realidad mejor y por un futuro digno para los músicos larenses. Pero, sin lugar a duda, el gran sello que deja Cheíta en nuestras vidas, es el de un mágico ser profundamente enamorado de la música, de sus seres queridos y de su tierra natal.



Cheíta Quintana. Archivo familiar.
Usada con permiso

Referencias

Quintana, Ch. (1977). *Algo diferente*. [Vinilo, larga duración]. Venezuela: León.